

## Reseñas

Enrique A. Baloyra y James A. Morris (eds.), *Conflicto y cambio en Cuba*, Universidad de Nuevo México, Albuquerque, 1993, pp. 347.

**C**ONFLICTO Y CAMBIO EN CUBA (*Conflict and change in Cuba*) es un libro publicado recientemente (1993) por la Universidad de Nuevo México en Albuquerque. Los editores, Enrique A. Baloyra y James A. Morris, reúnen un conjunto de artículos de especialistas —todos de universidades estadounidenses, y algunos vinculados a la política de Estados Unidos hacia Cuba— que proporcionan una visión poco común de la problemática cubana actual, por la diversidad de los temas abordados. El texto viene acompañado de dos cronologías, una al principio (9 de enero de 1959 al 17 de abril de 1961) y otra al final (1985-1993), que permiten situar al lector en una periodización que parecería sugerir de entrada un ciclo en la isla mayor de las Antillas.

Cada una de las partes de este libro incluye tres artículos. La primera parte, intitulada “El contexto”, contiene una introducción, un artículo de Alfred Padula (“El socialismo cubano: treinta años de controversia”) y uno de Enrique A. Baloyra (“Transiciones socialistas y perspectivas de cambio en Cuba”) que ofrecen una visión de conjunto sobre la evolución del régimen cubano en las últimas décadas. El texto de Alfred Padula, en particular, caracteriza las etapas más importantes de lo que cabría llamar convencionalmente el “proceso cubano”: *grosso modo*, podrían reconocerse una primera etapa de derrocamiento del antiguo régimen y de *mise en place* del nuevo poder; una segunda, de utopía en los años sesenta; una tercera de institucionalización a partir de los años setenta, y una cuarta de crisis en los años ochenta y principios de los noventa, acelerada por el desmoronamiento de la Unión Soviética.

Una delimitación estricta en el tiempo siempre es aventurada, pero podrían establecerse —con el riesgo de simplificar la periodización ensayada por Padula— algunos cortes fundamentales. La segunda etapa, después de la llegada de Fidel Castro al poder y de Bahía de Cochinos (o Playa Girón, 1961), se caracteriza no sólo por los primeros logros en la erradicación de las desigualdades heredadas del antiguo régimen, sino también por el énfasis en lo que se podría llamar, convencionalmente también, el *voluntarismo* tanto en el interior de la isla (la Conciencia, el Hombre Nuevo) como en el exterior (la influencia de la Revolución cubana en América Latina, los movimientos guerrilleros de *foco*). Un punto clave en el cierre de esta segunda etapa lo constituye quizás la muerte de Ernesto *Che* Guevara en la fallida experiencia guerrillera boliviana (1967), aunque no hay que desdeñar otros acontecimientos: el fracaso interno de la “zafra de los diez millones” y, al exterior también, el carácter reformista de transformaciones latinoamericanas como las del Perú (Velasco Alvarado) o Chile (Allende). El “voluntarismo fidelista”, como lo llama Padula, toca a su fin a

finales de los años sesenta, para dar lugar a la institucionalización de la Revolución.

En la nueva etapa, los modelos económicos soviéticos parecerían convertirse en norma. En 1972, Cuba entra en el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), y en 1975 se celebra el primer congreso del Partido Comunista Cubano (PCC). Un aspecto importante de la política exterior cubana en esta década lo constituye, a partir de 1975, el involucramiento en Angola, que habría de prolongarse por varios años, hasta finales de los ochenta. Cuba apoyó tanto la intervención soviética en Checoslovaquia (1968) como la efectuada en Afganistán poco más de diez años más tarde (1979).

Un nuevo punto de inflexión aparece con el triunfo de los sandinistas en Nicaragua (1979), el movimiento Nueva Joya en Granada (1979) y las insurgencias salvadoreña y guatemalteca, al tiempo que terminan en Estados Unidos los años demócratas (Carter) y comienzan en los ochenta los republicanos (Reagan). En el plano interno, la década de los ochenta empieza con la crisis de Mariel (125 000 cubanos dejan la isla), la problematización de la ayuda soviética —que Moscú juzga costosa— y los síntomas de agotamiento (burocratización, corrupción, etcétera), que llevan a Castro a afirmar en 1986 que la Revolución “ha perdido el camino” y que una “rectificación” es necesaria. En las relaciones con la Unión Soviética, el inicio de la *perestroika* (1985) marca sin duda un hito. Un hecho sintomático de la descomposición del régimen, considerado de la mayor importancia tanto en el texto de Padula como en la introducción incluida en esta primera parte, es el caso Ochoa en 1989. Padula cierra su caracterización con el *período especial* a que da lugar el colapso del bloque soviético. En el exterior, Granada, Nicaragua, las insurgencias de El Salvador y Guatemala, así como Angola, han quedado atrás, mientras Cuba se debate en una crisis interna sin precedentes en las últimas décadas. Nada hay en todo esto que no sea conocido. Lo fundamental, en el enfoque que *Conflicto y cambio en Cuba* da a la historia de la Revolución cubana, radica seguramente en que, lejos de atenerse a las visiones maniqueas imperantes en la isla o fuera de ella, los autores ponen de relieve las controversias que el proceso cubano ha suscitado.

La segunda parte, intitulada “El Estado”, contiene un artículo de Marifeli Pérez-Stable, “Somos los únicos y no hay alternativa’: políticas de partido de vanguardia en Cuba, 1975-1991”; uno de Sergio G. Roca, “El comandante en su laberinto económico”, y uno de Phyllis Greene Walker, “Relaciones político-militares desde 1959”. Un aspecto particularmente llamativo del primer artículo (Marifeli Pérez-Stable) concierne al análisis detenido de la “composición social” del PCC y de la capacidad insuficiente de éste para reproducir la institucionalización de la Revolución, basada sobre todo en el carisma de Fidel Castro. El “partido de vanguardia”, que en los años sesenta constituía una institución modesta de 50 000 miembros, comenzó a crecer rápidamente en 1969 (en 1970 tenía 100 000 miembros, el 1% de la población), hasta alcanzar 434 943 miembros en 1980 (4.5%) y 523 639 en 1985 (5.2%). A este crecimiento se

agregó no sólo una permanente entrada de jóvenes por la vía de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), convertida en “la gran avenida de entrada a la membresía del PCC” (en 1985, 39% de los miembros del PCC tenía cinco o menos años en dicho partido), sino una representación errática —cuando no declinante— de la clase trabajadora y de los cuadros, por contraste con el *personal profesional-técnico y administrativo*. Es sobre la base de las transformaciones en esta composición social, que Marifeli Pérez-Stable caracteriza las dificultades de la “rectificación”, que a partir de 1986 se propone enfrentar fenómenos como el de la corrupción o el de la burocratización, y las dificultades planteadas actualmente para la sobrevivencia del régimen cubano.

Sergio A. Roca muestra los vaivenes de una política económica errática, que desemboca en la crisis agravada por el colapso del bloque soviético. Es éste un campo particularmente controvertido, que toca en especial a las divergencias entre Cuba y la Unión Soviética, y que atraviesa por un verdadero laberinto de trayectorias discontinuas: 1) de 1959 a 1962, el Estado toma el control de la economía, socializa y redistribuye, y se atenúan las desigualdades heredadas del régimen anterior; 2) de 1963 a 1965, el “gran debate” gira en torno a los “modelos” a seguir, el chino o el soviético, oponiéndose al *Che* Guevara a la “ortodoxia de Moscú”; 3) de 1966 a 1970, “la economía moral” se concentra en la “Conciencia”, el rechazo de los incentivos materiales, y una planificación ultracentralizada; 4) de 1971 a 1985, el fracaso de los incentivos morales lleva a introducir una “versión moderada” del modelo de reformas soviéticas previas a Gorbachov; 5) a partir de 1986, con la “rectificación” para hacer frente al estancamiento, las incipientes reformas económicas son desmanteladas, y se regresa a las tesis del *Che*, con el rechazo a los “perniciosos mecanismos capitalistas” (mercado, precios, incentivos monetarios), y al voluntarismo. Cabría agregar a éstas una nueva etapa: en medio del “período especial en tiempos de paz”, el régimen cubano introdujo en 1993 una serie de medidas en más de un aspecto contrarias a la recuperación de la “Conciencia” ensayada con la “rectificación”. Sea lo que fuere, Sergio A. Roca concluye refiriéndose, como los demás autores del libro, a las dificultades planteadas por la figura carismática y omnipresente de Fidel Castro en la toma de decisiones sobre los más diversos aspectos de la vida cubana.

Phyllis Greene Walker analiza las relaciones de consenso y conflicto entre el ejército (las Fuerzas Armadas Revolucionarias, FAR), el Estado, el PCC y la figura de Fidel Castro. Un apartado importante es dedicado al “papel instrumental” (la subordinación del ejército a la autoridad política) atribuido a las FAR en la guerra de Angola, que se vuelve impopular con el paso de los años, y que habría contribuido a minar la moral de los militares. Phyllis Greene Walker estudia las transformaciones del ejército en por lo menos tres generaciones diferenciadas: de ser un ejército de veteranos de la guerra de guerrillas, se convirtió en uno de jóvenes técnicos y profesionales (la *profesionalización* del ejército).

De los tres artículos incluidos en en la tercera parte, intitulada “La sociedad”, el de Juan M. del Águila (“La política de la disidencia: un desafío al monolito”)

es probablemente el que mayor interés ofrece para el conocimiento de la disidencia en Cuba. En particular, este texto proporciona una información detallada sobre los diferentes *grupos* disidentes que actúan en Cuba y sus características programáticas. Pese a las coincidencias sobre la necesidad de un cambio político en la isla, *las disidencias* tienen enfoques distintos del sentido que debería tomar la transformación. El artículo de Peter T. Johnson sobre "Las vidas contrastadas de la intelectualidad", que ofrece una serie de tesis atractivas sobre los vínculos entre la *intelligentsia* y el poder cubano, tiene únicamente el inconveniente de tratar muchas de las temáticas (y las personalidades) más trilladas en las críticas al régimen de la isla. En cierto sentido —y es ésta una distancia a lo mejor válida para el conjunto del libro—, reproduce una visión similar a la del propio régimen objeto de crítica: las relaciones de poder tienen mayor importancia que cualesquiera otras, y resulta difícil obtener una visión más amplia de una cultura —la cubana— diversa, pese a los maniqueísmos de uno u otro signo. Por su parte, el artículo de Damián J. Fernández, "La juventud en Cuba: resistencia y acomodo", ofrece una visión de la problemática planteada a la juventud cubana por la "socialización, la sobresocialización y la desocialización", con un énfasis particular en el papel de la UJC. Como en el caso anterior (la intelectualidad), se atribuye en este artículo un conjunto de características a la juventud cubana —en las formas de resistencia y acomodo— que probablemente desbordan en varias de sus dimensiones el marco de una isla y de un régimen *sui generis*.

La cuarta parte de *Conflicto y cambio en Cuba*, intitulada "Los aspectos internacionales", contiene tres artículos: "Las relaciones Estados Unidos-Cuba y las contradicciones políticas en Cuba", de W. Raymond Duncan; "El impacto de las reformas soviéticas en el socialismo cubano", de J. Richard Planas, y "Relaciones soviético-cubanas: el nuevo entorno y su impacto", de Enrique A. Baloyra y Roberto Lozano. De hecho, esta última parte trata fundamentalmente de las relaciones conflictivas y cambiantes de Cuba con las superpotencias, y deja en un lugar secundario —salvo en lo que atañe a los "temores" estadounidenses o a las críticas soviéticas al "extremismo de izquierda"— el estudio minucioso de dos de los aspectos más importantes de las definiciones cubanas en política exterior: el latinoamericanismo y el tercermundismo.

El primer artículo (W. Raymond Duncan) hace énfasis en el papel que ha cumplido en la legitimación interna del régimen cubano, la denostación permanente del "enemigo estadounidense". "Cuba como un Estado de seguridad nacional" y "los Estados Unidos como enemigo y las contradicciones internas", son dos de los apartados más llamativos de este artículo que concluye con un breve recorrido —quizás demasiado breve—, a través de la influencia doméstica (de la comunidad cubano-americana en particular) en la política estadounidense hacia Cuba. El autor concluye que el endurecimiento de dicha política ha contribuido probablemente a fortalecer al régimen de Fidel Castro, al permitirle encontrar un mecanismo de legitimación hacia el interior. Particularmente atento al vínculo entre un equivalente de la "mentalidad del enemigo" y la

utilización de ésta para propósitos internos, el autor parecería omitir en el límite que este mecanismo de legitimación no ha sido patrimonio exclusivo de un régimen como el cubano, y que las tensiones entre Cuba y Estados Unidos han abarcado un conjunto de prácticas, sobre todo de este último (desde Bahía de Cochinos hasta el bloqueo y formas variadas de sabotaje o intromisión) que hacen que el enemigo haya sido la mayor parte de las veces más real que invocado para propósitos de reproducción del poder político.

El artículo de J. Richard Planas se concentra en los efectos de las reformas soviéticas —a partir de la *perestroika*— sobre las relaciones entre Moscú y la isla. Se hace un énfasis particular en las distancias tomadas por La Habana frente al proceso soviético. El estudio de las relaciones soviético-cubanas es sin duda uno de los aportes sustantivos de *Conflicto y cambio en Cuba*. En efecto, los acontecimientos de los últimos años han hecho que, en la memoria que en el exterior se tiene de la Revolución cubana, ésta aparezca como indisolublemente vinculada desde principios de los años sesenta a la Unión Soviética. Lo que muestran los dos textos de Enrique A. Baloyra (el segundo elaborado con Robert Lozano), mediante un análisis particularmente interesante, es una relación de *conflicto y cambio* entre Cuba y la Unión Soviética. Contra lo que suele creerse frecuentemente en el exterior de la isla, lo que se podría identificar como ortodoxia comunista no ha sido —más allá de determinado tipo de discurso— lo fundamental de la definición del régimen cubano: en los años sesenta (1962, 1964), y en particular en la “crisis de la microfacción” (1968), cuando la “vieja guardia comunista” (Partido Socialista Popular, PSP) fue condenada al “exilio” en la Unión Soviética o a la disidencia, dicha ortodoxia fue separada del poder por el fenómeno que constituye de hecho el hilo conductor de todos los artículos reunidos por Enrique A. Baloyra y James A. Morris: el *fidélismo*. Si hacia el exterior la política cubana parecía haber oscilado sistemáticamente entre formas variadas de dependencia de la Unión Soviética y ciertas veleidades autonomistas, hacia el interior los vaivenes le debían mucho a la tensión entre los propósitos de un régimen socialista y los intereses del *fidélismo*. Los dos artículos de Enrique A. Baloyra abundan en el análisis de estas especificidades que explicarían, entre otras cosas, la evolución relativamente autónoma del régimen cubano tras el desmoronamiento de la Unión Soviética.

*Conflicto y cambio en Cuba* no se propone un estudio exhaustivo de las relaciones exteriores de Cuba más allá de lo que atañe sobre todo a lo que fuera la Unión Soviética y a Estados Unidos. Como se ha señalado anteriormente, uno de los aspectos más importantes de las definiciones —o incluso los vaivenes, los voluntarismos y las políticas erráticas— de Cuba hacia el exterior, se encuentra en el latinoamericanismo y el tercermundismo que fueron, por lo demás, fuentes de tensión y divergencia con Moscú. Problemáticas como la de los movimientos guerrilleros en América Latina (en donde Cuba habría brindado frecuentemente apoyo a insurgencias distantes de los partidos comunistas prosoviéticos) y la del apoyo a regímenes como los de Angola o Etiopía (además de la experiencia del Congo) ocupan un lugar secundario, y no son las únicas. En efecto,

las tres décadas de Revolución cubana se caracterizan por una diversidad de problemáticas en las relaciones exteriores —incluyendo las relaciones conflictivas con el conjunto de América Latina—, que sugerirían un mundo más complejo que el de un espacio cerrado sobre sus definiciones políticas e ideológicas.

Es por esta misma complejidad, que atañe ahora a la reorganización geopolítica y económica del mundo, que la transición cubana actual sigue marcada no sólo por las posibilidades de definición autónoma, sino también por la incertidumbre, por ejemplo, en cierto “seguimiento” del “modelo chino” (que puede representar otro vaivén), sugerido a veces para explicar los cambios económicos más recientes introducidos por el régimen cubano, o en las posiciones —las económicas incluidas— contrastadas entre Estados Unidos y la Unión Europea (UE) frente a las posibilidades de transformación en la isla. Pese al “monolito”, *Conflicto y cambio en Cuba* muestra un mundo que “sin embargo se mueve”, aun bajo el férreo control del *fidelismo*. La relativa diversidad de las relaciones exteriores, o al menos la manera en que sus distintos aspectos se han articulado de un período a otro, podrían ser objeto de un análisis que no se limitara a las relaciones verticales de poder con las antiguas superpotencias, y que mostrara el fracaso de la *integración* de relaciones horizontales en el tercermundismo.

La diversidad de este movimiento no atañe únicamente al exterior. En el plano interno, el cuadro exhaustivo que proporcionan los autores del libro probablemente tiene en común con los enfoques que el régimen cubano ha dado de sí mismo y del “proceso”, el de dar prioridad *también* a las relaciones verticales: después de todo, las dificultades internas del *fidelismo* (como sus logros iniciales) tocan con fuerza a la “tradicción” de los “cambios desde arriba” que no es exclusiva de un caso como el de Cuba. La población cubana (y en este sentido habría faltado probablemente un estudio pormenorizado de las diferencias entre, por ejemplo, La Habana y el interior, o entre grupos sociales diferenciados a pesar del igualitarismo), y la diversidad de sus expresiones culturales o de sus búsquedas individuales y colectivas, “desde abajo” y más allá del poder, siguen siendo en buena medida una incógnita, tanto en el interior como en el exterior de la isla mayor de las Antillas.

Marcos Cueva Perus